

absente Christo, murus fit aranea. Está presente con presencia de poder y fuerza por la cual los ministros de Dios triunfan del mundo, de la carne y del demonio. Ellos todo lo pueden en Jesús que los conforta. Lo que les da esa fuerza irresistible es su fe y su confianza en Jesucristo: *Si potes credere, omnia possibilia sunt credenti... Qui sperant in Domino mutabunt fortitudinem.* Un santo doctor añade: *Propriam in divinam;* esta fortaleza es su amor á Jesucristo: *Fortis ut mors dilectio;* es su oración hecha en nombre de Jesús: *Si quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis.* Por último, Jesucristo está presente con una presencia real y verdadera en la Sagrada Eucaristía; presencia afortunada que cambia la tierra en Cielo (1): El Altar, el Sagrario: hé ahí la fuerza invencible de la Iglesia: la fuerza y el consuelo del buen Sacerdote: *Dominus regit me et nihil mihi deerit... Et si ambulavero in medio umbræ mortis, non timebo mala, quoniam tu mecum es.... Parasti in conspectu meo mensam adversus eos qui tribulant me* (2).

Paréceme que para librarme de mis vanos temores, un ángel me haya dicho lo que otro espíritu celestial decía á un mártir, librándole de sus tormentos: *Gaudeas et corroborearis in sapientia et gratia Domini nostri Jesu Christi. Ecce enim tecum est Dominus... Consumma ergo cursum decertationis tuæ, et venies ad Dominum nostrum, accipiens coronam immortalitatis* (3). O más bien: es el Salvador mismo quien en el silencio del Santuario repite en todos tiempos á sus ministros la promesa hecha á los Apóstoles: *Ecce ego vobiscum sum usque ad consummationem sæculi.* Mientras permanezca unido con Jesús en el Santísimo Sacramento, por muy débil que yo sea, seré omnipotente; nada me faltará; nada podrá resistir á mi obra, ni causarme daño. Más grande es mi esperanza en la infinita bondad de Jesucristo que el temor de mis profundas miserias.

(1) *Mysterium faciens ut terra nobis cælum sit.* (S. Chrys. Hom. XXIV in I ad Cor.)

(2) Ps. XXII.

(3) Surius, VII Feb.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El amor de Jesucristo por los hombres determina el objeto de la misión que El confía á los Apóstoles.*— Adoremos al Salvador y escuchemos sus palabras: *Todo poder me ha sido dado en el Cielo y en la tierra.* ¿Qué otra lengua hubiera podido decir tales palabras? Se cumplieron: Ascensión, Pentecostés, Triunfo de la Iglesia. ¡Oh poder admirable! No dice: «id á vengar mi muerte;» sino: «id á salvar á los hombres.» Bendigamos á Dios por nuestra vocación y penetremos de su Espíritu: *Querere et salvum facere quod perierat.*

PUNTO SEGUNDO.—*La omnipotencia de Jesucristo es el sostén de la misión apostólica.*—«Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos.» *Presencia de dirección* para que podamos salvarnos y salvar á los demás; *presencia de atención* para que nada nos falte; *presencia de protección* para que ningún peligro nos amenaze según los designios de su providencia: *presencia real y verdadera en la Sagrada Eucaristía.* Por muy grandes que sean mis enfermedades, ¡oh Dios mío! siempre estaré confiado en vuestra infinita bondad.

MEDITACIÓN LXIV

5.º DOMINGO DESPUÉS DE PASCUA.—*Las Rogativas.*

Esos días de súplicas solemnes, en los que la Iglesia se prepara para solemnizar la Ascensión de Jesucristo, nos recuerdan dos cualidades que han distinguido siempre á los buenos Sacerdotes:

- I. Un gran amor á la oración.
- II. Un gran celo para inspirar en los demás ese amor.

PUNTO I

Los buenos Sacerdotes se distinguieron siempre por su amor á la oración

¿Cómo no habían de amarla si en ella encuentran todo el honor, toda las gracias y todos los consuelos que pueden desear?

1.º Aproximarse á los grandes, conversar con ellos, serles familiar, es un honor á los ojos del mundo. ¿Y qué de envidias no produce eso? En realidad no es honor sino vergüenza cuando hay que colocarse al nivel de sus vicios; lo cual frecuentemente pasa.

Pero, tocante á Dios, no hay ese peligro. ¿Habría algo más elevado ó más noble que entrar con El en una respetuosa familiaridad, hablarle como se habla á un amigo y al mismo tiempo contraer, por medio de este divino contacto, hábitos santos y provechosos? Este honor puede tenerlo continuamente el buen Sacerdote, puesto que su vida no es más que una continua oración ya sea mental ó vocal; bien en la oración del trabajo, cuando busca en sus fatigas la mayor gloria de Dios; ó bien finalmente, en la oración de disposición y completo abandono en la voluntad divina. El buen Sacerdote cumple de este modo al pie de la letra el precepto evangélico: *Oportet semper orare*. Por medio de este lazo sagrado de la oración, el buen Sacerdote queda continuamente unido á Dios y gozando de su intimidad. ¡Cuántos bienes trae consigo este honor tan grande!

2.º Dice San Buenaventura: «¿Queréis soportar pacientemente las adversidades y las pruebas; superar las tentaciones y vuestras afecciones desarregladas, conocer y evitar las asechanzas de Satanás.; enardecer y fortificar vuestra alma con buenos pensamientos y piadosos deseos.; extirpar vuestros defectos, adornaros de virtudes.; elevaros hasta la contemplación y el goce de las delicias celestes? sed hombres de oración.» (1) San Bernardo añade: «Frecuentemente nos aproximamos al altar con el corazón tibio y árido; pero si nosotros empezamos á orar y somos constantes en ello, de repente la gracia se derrama sobre nosotros; nuestro pecho se dilata; las aguas bienhechoras de la piedad inundan nuestros corazones (2). San Agustín afirma que nuestros progresos en la santidad siguen exactamente nuestros

(1) Medit... c. XXXVI, de M. de Riancey.
(2) Ibid.

progresos en el espíritu de oración: *Recte novit vivere, qui recte novit orare*.

El buen Sacerdote nada pide á las criaturas débiles é indigentes como él; todo lo espera de Vos, ¡oh Dios mío! Vos le habéis puesto en la mano la llave de vuestro tesoro: la oración; y él se sirve de ella para abrir y sacar todo lo que necesita. El sabe que al empeñar vuestra palabra divina: *Petite et accipietis*; al prestar vuestro juramento: *Amen, amen dico vobis*; al empeñar, por así decirlo, la Persona misma de vuestro Hijo, puesto que, habiéndonoslo dado, ya nos disteis con Él todo los bienes, y al hacernos un mandato formal de que os pidamos lo que nos hace falta, Vos os habéis puesto en la imposibilidad de rechazar nuestras súplicas. El conoce vuestras promesas, vuestra fidelidad en cumplirlas y las riquezas inagotables de vuestras gracias á favor de todos los que os invocan. *Dives in omnes qui invocant illum*. El no ignora, en fin, que aun en el caso que no nos hubieseis prometido nada, nuestra sola confianza os obligaría á socorrernos y á salvarnos; porque esa confianza os honra y os prueba que bien conocemos vuestro Nombre (1), Nombre amable por el cual queréis que empecemos nuestra oración: *Pater noster*.

3.º Esto nos explica los grandes consuelos que van unidos á ese santo ejercicio: *Tristatur aliquis vestrum! Oret* (2). ¡Oh! ¡Cuán dulce es para un alma que gime bajo el peso de sus miserias el arrojarle en el seno de Dios como un hijo en los brazos de su padre, confiarle sus penas, enseñarle sus llagas, exponerle la causa de sus temores!... Este abandono lleno de amor es lo que constituye el encanto de nuestras comunicaciones con Dios. ¿Y cómo queréis que la oración no llene el corazón de inefables delicias, cuando ella ha cambiado tantas veces un horroroso desierto en un paraíso terrenal? ¿Dónde encontra-

(1) *Quoniam in me speravit, liberabo eum. Protegam eum, quoniam cognovit nomen meum.* (Ps. XC)—*Invoca me in die tribulationis; eruam te et honorificabis me.* (Ps. XLIX.)

(2) Jac., V, 13.

réis una vida más dichosa que la de San Pablo y San Antonio en el desierto? La oración era la que constituía toda su felicidad. El fundador de una orden religiosa, representándose las contradicciones más penosas y el disgusto más abrumador que pudieran acontecerle, aseguraba que si Dios le enviaba esa prueba, le bastaba un cuarto de hora de oración para reponer su alma de aquella violenta sacudida y devolverle la paz. San Bernardo escribía á un hombre que titubeaba entre la soledad y el mundo: ¡Oh! Si conocieses siquiera por una ligera experiencia, el gusto delicioso del pan celestial de que Jerusalén está provista ¡cómo dejarías de todo corazón para los hombres del mundo sus vanos y duros consuelos! (1).

Un buen Sacerdote, digno de ese nombre, no separa jamás su causa de la causa de las almas cuya salvación le está confiada. Quiere que ellas puedan dar de El este testimonio en el último día: *Vere languores nostros ipse tulit*. Así es que la oración y la predicación han sido en todos tiempos las armas más poderosas del celo apostólico: *Nos vero orationi et ministerio verbi instantes erimus* (2). El espíritu de oración es la gracia particular de nuestro estado: es uno de los efectos de la imposición de las manos. ¡Desdichado de mí si no experimento ya su saludable influencia! Es tiempo de que yo me aplique á mi mismo el aviso de San Pablo á Timoteo: *Admoneo te, ut ressuscites gratiam Dei, quæ est in te per impositionem manuum mearum*.

PUNTO II

Los buenos Sacerdotes siempre se distinguieron por su celo en inspirar el amor á la oración

El abandono de esa santa práctica, que ha llegado á ser tan común, es una de las llagas más deplorables de nuestra época y uno de los síntomas más aterradores.

(1) *¡O! si semel paululum quid de adipe frumenti unde satiatur Jerusalem degustasses, quam libenter (mundo) suas crustas rodendas relinqueres!*

(2) Act., VI, 4.

dores del mal que la atormenta. La oración es el alma de la religión y el gran medio que el hombre tiene en sus manos para salvarse.

La oración es la confesión de mi nada; una protesta mediante la cual yo adoro á Dios como árbitro de todos los destinos; como bastante poderoso para darme lo que le pido, si El lo quiere; como bastante bueno para quererlo, si yo lo pido. Rogándole, yo confieso que no puedo socorrerme á mí mismo, ni ser socorrido eficazmente por las criaturas débiles como yo; pero que yo confío esperar todo de su poder sin límite, y de su infinita bondad. ¿No queda El honrado como desea por ese homenaje de mi dependencia, de mi confianza, de mi amor? Y mientras yo le ruego, ¿no debo esperar todo de El?

San Agustín explicando este versículo del Salmo LXIII, *Benedictus Deus, qui non amovit orationem meam et misericordiam suam a me*, dice lo siguiente: «Hay una alianza eterna entre la oración del hombre y la misericordia del Señor. No os retiréis nunca de la oración, y Dios no retirará jamás de vosotros su misericordia.» Pero si yo abandono la oración, ¿puede aún quedarme alguna esperanza de salvación? ¿Recibe Dios el menor culto de mí? Un Dios á quien yo nada pido, es un Dios sin el cual, según parece, yo puedo pasar.... y ese para mí ya no es Dios. «Señor, cuando yo os llamo para que socorráis mi pobreza, entonces es cuando verdaderamente os reconozco por mi Dios: *In quacumque die invocavero te, cognovi quoniam Deus meus es.*» (1)

Hé aquí lo que llena de amargura el alma de todos los que aman á la religión y á sus hermanos. Los hombres de nuestros días no rezan: ¡hé aquí lo que excitar debe á los Sacerdotes á hablar frecuentemente de la oración! Hé aquí lo que los debe impeler á demostrar la virtud, la necesidad y la facilidad de la misma, y á explicar sus formas y condiciones diferentes! ¿Hemos leído alguna vez con reflexión lo que dice San Alfonso de Liguorio en su opúsculo sobre la *Importancia de la Oración*? El lo comienza así:

(1) Ps., LV, 10.

«De todos los escritos espirituales que yo he publicado, este es ciertamente uno de los más útiles; porque la oración es un medio indispensable y seguro para alcanzar la salvación. Yo quisiera hacer imprimir tantos ejemplares de ese libro como cristianos hay sobre la tierra; quisiera ponerlo en manos de todos, á fin de que no hubiera ninguno que no comprendiese cuán necesaria es para nosotros la oración: como que sin ella no podemos salvarnos. Lo que me aflige es que no se hable de ella en las predicaciones y exhortaciones; y que los libros piadosos no insistan bastante sobre este punto.» Y para concluir añade: «¡Cuántas pobres almas pecan, continúan viviendo en el pecado y se pierden por que no rezan nunca! Y lo que es todavía más deplorable, hay muy pocos predicadores y confesores que se hagan un deber de excitar á la práctica de la oración..... En cuanto á mí, yo digo frecuentemente y lo diré siempre, que todo el negocio de la salvación depende de la oración que todos los autores en los libros piadosos, todos los predicadores en el púlpito, todos los confesores en el Santo Tribunal de la Penitencia, nada debieran inculcar más que la oración: yo quisiera que ellos repitiesen continuamente: Orad, orad; y no ceséis nunca de orar; porque con la oración estáis seguros de salvaros; y si no oráis, vuestra condenación es cierta.»

Cuando estéis en el altar, suplicad á Nuestro Señor que infunda en el corazón de todos sus ministros una abundante efusión del espíritu de gracia y oración: *Effundam super domum David..... spiritum gratiæ et precum*; á fin de que desde ellos se extienda á todo el cuerpo de la Iglesia. Este es el precio de la salvación!

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Los buenos Sacerdotes se distinguieron siempre por su amor á la oración.*—Ella les procura todo el honor, la gracia y el consuelo que puedan desear. ¿Qué mayor honra puede haber al hombre que hablar á Dios como se

habla á un amigo? Esa honra es continua para el buen Sacerdote que está siempre en oración de acción ó de disposición. El encuentra en la oración todos los bienes que desea: paciencia, luz, fuerza... Nuestros progresos en la santidad son proporcionados á nuestros progresos en el espíritu de oración. ¡Oh! cuán dulce es para un alma que gime bajo el peso de sus miserias, el poderse arrojar en el seno de Dios, como un hijo en los brazos de su padre! Es la oración la que ha cambiado horrorosos desiertos en paraísos terrenales. El pastor necesita pedir por su rebaño, y por sí mismo.

PUNTO SEGUNDO.—*Los buenos Sacerdotes se distinguieron siempre por su celo en inspirar á los demás el amor á la oración.*—El abandono de esa santa práctica es la llaga de nuestra época. La oración es el alma de la religión y el gran medio que el hombre tiene para salvarse. Haya más oración y habrá más religión. Un Dios á quien no rezo, es un Dios del cual creo poder prescindir; para mí ya no es Dios. Hé aquí el motivo por el que los buenos Sacerdotes deben hablar con frecuencia de esto. Si yo llego á inspirar á mi pueblo el amor de la oración, yo le pongo en la mano la llave del Cielo. Es necesario leer el opúsculo de San Alfonso de Liguorio sobre *la importancia de la oración.*

MEDITACIÓN LXV

LA ASCENSIÓN DE JESUCRISTO.—*Meditación de San Buenaventura.*

Se encuentra la contemplación de este misterio en el tercer volumen, página 296; mas el asunto está tratado de una manera tan llena de unción por el doctor Seráfico, que nos ha parecido útil dar aquí la sustancia de su meditación. Podemos dividirla así:

- I. Ultimos preparativos para el misterio de la Ascensión.
- II. Cumplimiento de este misterio.

PUNTO I

Jesús acaba de preparar á sus discípulos para el misterio de su Ascensión

La dulzura y la bondad maravillosa de Nuestro Señor le habían de tal manera atraído á sus discípulo-

los y principalmente á sus Apostóles, que ya no podían resignarse á estar separados de El (1). En vano les había dicho que iba á prepararles un lugar en la casa de su Padre, y que les sería provechosa la separación; la sola idea de su alejamiento, aun temporáneo, llenaba sus corazones de tristeza. Entretanto habiendo llegado el día cuadragésimo después de su Resurrección, Jesús tomó consigo á los santos patriarcas y á los otros justos que había sacado del Limbo, vino á sus Apóstoles que estaban en el Cenáculo con María Santísima y los otros; y apareciéndoseles, quiso, antes de subir al Cielo, comer con ellos como para dejarles un último recuerdo de su amor. Ahora bien; mientras todos participaban con grande alegría de aquel último festín de su Maestro, Jesús les dijo: «Ya es tiempo de que Yo vuelva á Aquél que me ha enviado; pero vosotros permaneced en esta ciudad hasta que seáis revestidos de la virtud de lo alto....; después iréis por todo el mundo á predicar el Evangelio y á bautizar á los creyentes; y daréis testimonio de Mí hasta en los últimos confines de la tierra.....» Ellos permanecen ahí, quietos; comen, hablan, se regocijan con la presencia de su Señor; mas entretanto, se conturban por su partida.... ¿Qué decir de su Madre que comía á su lado? ¿No es creíble que al anuncio de su partida, conmoviéndose toda de ternura maternal, reclinara su cabeza sobre el pecho de Jesús? ¿No tenía acaso Ella más derecho á ello que San Juan? Por lo que le rogaría suspirando y entre lágrimas: «Hijo mío; si queréis partir, llevadme con Vos.» Y el Señor, del mismo modo, consolándola, le diría: Yo os ruego, Madre querida, que no os afijáis, porque Yo voy á mi Padre: conviene que Vos permanezcáis todavía por algún tiempo aquí en la tierra, á fin de fortificar á los que creen en Mí; después Yo vendré á Vos y os transportaré á mi gloria.» Entonces su Madre, resignándose: «¡Oh mi querido Hijo! cúmplase vues-

(1) *Tanta amoris teneritudine diligebant eum, quod etiam verba discessus sui non poterant aequo animo sustinere.*

tra santa voluntad! Yo estoy dispuesta á permanecer y á morir por las almas que habéis comprado al precio de vuestra Sangre: pero acordaos de Mí.» El Señor consolándola lo mismo que á la Magdalena y á los discípulos añadiría: «No se turbe vuestro corazón ni se acobarde; Yo no os dejaré huérfanos; voy, pero volveré y estaré siempre con vosotros» (1). Por último, les dice á todos que salgan y vayan al monte de los Olivos porque allí sería desde donde iba á elevarse y subir al Cielo, como en efecto sucedió: Su Madre y los discípulos marcharon sin tardar á dicha montaña, y el Salvador se les apareció allí de nuevo.

PUNTO II

Cumplimiento del misterio de la Ascensión

Considerad atentamente al Maestro y á los discípulos; observad todo lo que allí sucede. Estando cumplidos todos los misterios, Jesús abraza á su Madre y se despide: Ella le estrecha tiernamente entre sus brazos. Los Apóstoles, Magdalena y todos los demás se postran en el suelo y se deshacen en lágrimas besando con respeto los divinos pies de Jesús. El levanta con bondad á sus Apóstoles y los abraza... Entonces comienza á elevarse por su propia

(1) *Quid dicam de matre juxta eum prandente, que super omnes sic intense eum amabat? An non credis quod, ad haec verba discessus filii, maternae dilectionis lata et commota dulcedine, reclinaret caput suum super filium, et recumberet super pectus ejus? Nam si Joannes hoc fecit in cena, nunc multo magis meditari potest de ipsa. Unde suspirans cum lacrymis eum rogabat dicens: Fili mi, si discedere vis, ducas me tecum. Dominus autem consolatus eam dicebat: Rogo, mater carissima, ne feras moleste discessum meum, quia vado ad Patrem. Te autem remanere hic expedit ad tempus, propter confirmandos credentes; postea veniam ad te et assumam te ad gloriam mecum. Ad quem mater: Fili mi dilectissime, fiat voluntas tua, nam non solum remanere sed et mori parata sum, pro animabus pro quibus mortuus fuisti, sed esto memor mei. Dominus autem eam et discipulos et Magdalenam et alios consolabatur, dicens: Non turbetur cor vestrum, neque formidet; non relinquam vos orphanos. Vado et venio ad vos et semper ero vobiscum.*

virtud... Al verle se postra de nuevo toda la Asamblea. La Santísima Virgen decía: «Hijo mío bendito, acordaos de Mí» Toda llorosa, se alegra sin embargo en su corazón, al ver la gloria con que su Hijo subía al Cielo. Por su parte los Apóstoles y los discípulos decían: «¡Señor, nosotros lo hemos dejado todo por seguirlos, acordaos de nosotros!» Y Él, con las manos elevadas, con el rostro radiante, coronado y vestido como un Rey, sube triunfante por los cielos. Bendiciéndolos entonces les dice: «Sed constantes, tened valor, porque Yo estaré siempre con vosotros». Y ascendía conduciendo en su seguimiento esa multitud de elegidos á quienes abría el camino según la predicción de Miqueas. *Ascendet pandens iter ante eos.* Así los precedía el Señor; glorioso, vestido de blanco, la faz luminosa, espléndida, alegre y triunfante... Y ellos cantando, transportados de alegría le seguían repitiendo: *Cantemus Domino qui ascendit super occasum: Dominus nomen illi. Confiteantur Domino misericordiae ejus, et mirabilia ejus filiis hominum.—Benedictus es, Domine, Deus noster, qui salvos facis sperantes in te; deducens populum tuum in exultatione et electos tuos in lætitia.—Exaltare super cælos, Deus, et super omnem terram gloria tua, ut liberentur dilecti tui... Introibimus in domum tuam et in conspectu Angelorum tuorum tibi psallimus.—Gloria, laus et honor tibi sit, Rex Christe, Redemptor.—Regna terræ, cantante Deo, psallite Domino...* Todas las gerarquías de los espíritus bienaventurados, colocados según sus órdenes descenden y, llegando ante Jesús, se inclinan profundamente y lo acompañan repitiendo himnos y cánticos inefables. Los patriarcas que seguían á Jesús cantaban y decían: *Alleluja, alleluja, alleluja. Benedictus es, Domine, qui sedes super Cherubim, et intueris abyssos. Alleluja, alleluja, alleluja.—Dignus es, Domine, omni laude et honore, alleluja, quia victoriam gloriose fecisti, alleluja.—Confiteantur cæli mirabilia tua, Domine, alleluja, et virtutem tuam, alleluja. Ecce nunc ascendunt tribus Domini, alleluja, ut confiteantur et dicant tibi, alleluja. Ad lætandum in læti-*

tia gentis tuæ, ut lauderis cum hæreditate tua. Alleluja, alleluja, alleluja.

Hé aquí cómo todos honran al Señor alegrándose de su presencia y cantan su gloria con el mayor júbilo. Así se cumplió el oráculo del profeta: *Ascendet Deus in jubilatione et Dominus in voce tubæ.*

Jesús se eleva lentamente para consuelo de su Madre y de sus discípulos, á fin de que gocen más tiempo de aquel espectáculo; pero poco después una nube oculta por fin á sus ojos al divino Triunfador, el Cual entra con todos los ángeles y patriarcas en la Patria Celestial.

Entretanto, la Madre del Hijo de Dios, los Apóstoles y los discípulos, no viéndole más, permanecían siempre de rodillas con los ojos fijos en el Cielo. Fué necesario que dos ángeles viniesen á sacarlos de su éxtasis, diciéndoles: «Hombres de Galilea ¿qué miráis en el cielo? Este Jesús que acaba de subir con tanta pompa y majestad, volverá de la misma manera Id á la ciudad, como El lo ha ordenado, y esperad el cumplimiento de sus promesas.»—Considerad esa atención de Jesucristo para con los suyos; apenas les ha privado de su presencia visible, les envía sus ángeles para que no se cansen en mirar al cielo y á fin de que sean fortificados por aquel testimonio de los habitantes de la gloria, testimonio que viene á juntarse al de los Apóstoles después de la Ascensión de su Buen Maestro para facilitar la conversión del mundo. Habiendo oído las palabras de los ángeles, la Santísima Virgen les ruega humildemente la encomienden á su Hijo; y los ángeles inclinándose delante de Ella hasta la tierra, recibieron con visible placer su mensaje. Los Apóstoles, Magdalena y todos los demás hicieron la misma súplica; y, habiendo desaparecido los ángeles, volvieron todos á la ciudad sobre el monte Sión y allí permanecieron esperando como Jesús les había prescrito (1).

(1) *Auditis ergo his verbis, Domina humiliter rogavit angelos ut eam recommendarent filio suo. Illi vero se usque ad terram inclinantes eidem, libenter susceperunt mandatum ejus;*

Y yo también ¡oh Jesús, mi Rey divino! henchida el alma de alegría y de esperanza, feliz por vuestra gloria, os obedezco y me retiro allí donde vuestra voluntad me llama. Yo me elevo desde ahora sobre todas las cosas de esta tierra, y quiero que todos mis pensamientos y todos mis actos sean para el Cielo: *Ubi Christus est in dextera Dei sedens* (2). Yo me consagro á los trabajos y al sufrimiento, que son en este mundo la porción de vuestros ministros, después de haber sido la vuestra; y espero pacientemente la dicha que Vos les reserváis al fin de los tiempos en vuestra triunfante y última ascensión.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Últimos preparativos para el misterio de la Ascensión.*—Habiendo llegado el cuadragésimo día, Jesús se aparece á sus discípulos reunidos en el Cenáculo, come con ellos y les anuncia que va á subir al Cielo. Impresión que hace sobre ellos y principalmente sobre María esa palabra de partida. Después de haberlos consolado, les manda ir al monte de los Olivos, donde se les aparece de nuevo.

PUNTO SEGUNDO.—*Cumplimiento del misterio de la Ascensión.*—Jesús se despide de su Madre; todos los discípulos se postran y se deshacen en lágrimas... Entonces comienza Él á elevarse por su propia virtud... Últimas palabras que le dirigen María y los discípulos. Y Él, bendiciéndolos, se eleva triunfante por los cielos. Todas las órdenes de los espíritus bienaventurados vienen á encontrarle y le acompañan haciendo resonar el aire con sus cánticos. Una nube lo ha ocultado á las miradas; y todos los espectadores tienen aún los ojos fijos en el Cielo. Es necesario que dos ángeles vengan á sacarlos de su éxtasis. Solamente entonces descienden de

similiter apostoli, Magdalena et omnes alii dixerunt eis. Illis itaque disparentibus, ipsi redierunt in civitatem ad montem Sion, ibique morabantur expectantes, ut Dominus Jesus mandaverat eis.

(2) Col., III, 1,

la montaña y regresan á Jerusalén. Y yo también, ¡oh Rey mío! me entrego á los trabajos y á los sufrimientos. Para Vos y para vuestros ministros ese es el único camino que lleva al Cielo.

MEDITACIÓN LXVI

Motivos de alegría que ofrece al buen Sacerdote el misterio de la Ascensión.

- I. La glorificación de Jesucristo.
- II. La del ministerio sacerdotal.
- III. La gloria prometida al buen Sacerdote,

PUNTO I

El Salvador glorificado en su Ascensión

San Lucas termina el relato de este misterio con estas palabras que son también las últimas de su Evangelio: *Et ipsi adorantes regressi sunt in Jerusalem cum gaudio magno. Gaudebant apostoli propter Domini sui glorificationem, propter diaboli humiliationem, propter judæorum confusionem, propter generis humani factam redemptionem, propter angelicæ ruinæ reparationem* (1). Nosotros consideramos en este momento el primero de los motivos de alegría para el buen Sacerdote; es decir: la glorificación de Jesucristo.

Los Apóstoles nunca habían conocido tan perfectamente á su Maestro como lo conocieron después de su Resurrección. ¡Qué nuevos rasgos les había revelado en sus varias apariciones y circunstancias de su Ascensión, no sólo de su poder sino también de su bondad y afecto para con ellos! Su alegría era proporcionada á su amor; la felicidad de Jesús hacia la

(1) Hugo, cardin., in Luc.